

NUEVA SITUACION; NUEVA FORMA POLITICA

Desde hace muchas décadas se viene hablando de crisis social, de crisis política, de crisis del derecho y de las instituciones jurídicas y políticas, y en realidad hay que decir que cuando el río suena, agua lleva, pues no en vano el pensamiento no es un *factum* apoyado en sí mismo, lográble en abstracto, sino que el pensamiento es, en su contenido, algo propio de la situación en qué y para qué se piensa —como decía Karl Mannheim—. Si ello es cierto en general, concretamente en el pensamiento científico-social y filosófico-social este condicionamiento, en parte aunque decisivamente, del pensar por la realidad, es indudable —como ha señalado Hans Freyer—. Igualmente cierto es que el pensar reobra sobre la realidad, transformándola al enfrentarse con ella y al lanzarse sobre ella con la actividad immanente del pensamiento en forma de «proyecto» (Zubiri), hecho sobre el que pudiéramos basar un operar del pensar científico sobre el hecho de la crisis misma; primero adquiriendo conciencia de ella, y más tarde haciéndola avanzar hacia su solución o resolución mediante el proyectar éstas.

Es indudable esta doble fase de la realidad histórica actualmente: la situación crítica como realidad, y el reflexionar sobre esta crisis intentando explicársela y superarla, en ese interferirse típicamente específico de la humanidad, del movimiento dialéctico real y la dialéctica ideal.

Esta situación crítica de la presente fase de la historia humana tiene lógicamente su manifestación quizás más pre-

cisa en la superestructura política de toda esa complicada serie de fenómenos sociales, económicos, técnicos, geopolíticos, etc., etc., que en nuestros días han entrado en una situación de cambio radical. Lo mismo que el remate de una alta torre describiría los movimientos más ampliamente violentos y cambiantes cuando sus cimientos se tambalearan por un gran seísmo, así también la superestructura político-jurídica de las sociedades actuales acusan violentamente el profundo cambio crítico de sus bases.

El resquebrajamiento y el desmoronarse de las antiguas bases sociales, económicas, técnicas, geopolíticas, etc., es de tal categoría que desde la altura comienza ya a caer al suelo el coronamiento jurídico-político de las antiguas estructuras sociales. Y aún más. El mundo contemporáneo ha podido ser testigo de la caída casi íntegra de este remate, de la caída, fulminante ya en los últimos quince años, de las antiguas superestructuras político-jurídicas, es decir, —y llegando ya a la arena palpable de nuestra realidad— de la caída del Estado liberal burgués de Derecho, de la caída de la ideología liberal-democrática sobre la que se sostenía la estructura jurídico-política de los Estados modernos, incluso en su forma más o menos totalitaria final, y aún más, en las últimas formas aparecidas después de la última conflagración mundial de 1939-45, renacidas éstas en sus intentos liberal-democráticos sobre las ruinas de los fascismos y nazismos vencidos, en un anhelo último de agarrarse a los restos flotantes de su propio naufragio.

Podemos afirmar algo más. No solamente hemos asistido en parte, y seguimos asistiendo a este desmoronamiento que acabamos de señalar, sino que en el movimiento dialéctico real-ideal de los acontecimientos humanos podemos ver ya iniciarse también las nuevas bases —las estamos palpando ya— sobre las que una nueva superestructura política y jurídica se alzarán. Incluso estamos ya viendo los primeros síntomas o intentos de logro de esta nueva estructura político-jurídica del porvenir; de un porvenir no sabemos si cercano o todavía lejano, pero porvenir al fin, teniendo siempre en cuenta el carácter eminentemente abierto siempre —en perpetuo *statu nascendi*— de la historia humana.

Mas llegados aquí, tras estas afirmaciones de tipo general, hay que preguntarse concretamente: ¿Qué es lo que ha cambiado? ¿Qué bases sociales, económicas, etc., de carácter fundamentalísimo han variado, que han producido la caída nada menos que del «Estado» —de ese Estado que llegado a su desarrollo se consideró durante más de un siglo como «puro», inmutable y para siempre? ¿Cómo y por qué ha caído? ¿Qué nuevas bases o infraestructura está surgiendo en sustitución y sobre las ruinas de las anteriores desmoronadas? ¿Qué nueva superestructura política comienza a alzarse sobre estas nuevas bases?

He aquí las preguntas a las que debemos contestarnos en el desarrollo de la tesis encerrada en el título del presente artículo.

Hay un hecho evidente que se nos presenta todos los días ante nuestra mirada: Es la agonía ineficaz ante los nuevos problemas reales que se le presentan delante de las organizaciones político-jurídicas que se han llamado y se llaman Estados liberal-democráticos de derecho. Estos Estados, con su «derecho constitucional» apoyados en la ideología liberal-democrática se ven hoy día impotentes para solucionar los problemas de las sociedades sobre las cuales apoyan su estructura y a las cuales lejos de poder organizar, las desorganizan y descoyuntan cada vez más. Pero no sólo este tipo de Estados, sino también otros Estados no precisamente asentados de un modo total —intencionalmente al menos— sobre estos supuestos ideológicos liberal-democráticos, sino más bien sobre sus opuestos, se muestran impotentes para solucionar como simples Estados soberanos independientes los problemas que les plantean sus organismos sociales.

¿Qué ocurre para que esto suceda? ¿Qué nueva realidad ha aparecido en los últimos tiempos para que se produzcan estos fracasos de los Estados y que precipitan su caída?

La causa está en un cambio radical de situación histórica. El aflorar a la luz de la historia de una situación completamente nueva respecto a la que durante varios siglos sirvió su evolución de sostén a todas las diversas fases del llamado Estado Moderno que culminó en el Estado liberal-democrático y en el Estado total, democrático o no, última fase de aquél.

¿Cuáles eran las características de la situación anterior?
¿Qué líneas generales, qué perfiles tuvo la vida de la humanidad occidental de por sí y en sus relaciones con el resto del mundo en la llamada Edad Moderna, y cuál es la nueva situación que ha cambiado de golpe las condiciones de existencia y, con ello, de su organización política?

La llamada Edad Moderna, en la historia del mundo occidental, se puede caracterizar inicialmente por una apertura de los límites en que se movió el hombre medieval en muy diversos aspectos. Tanto en los límites geográficos, que pasan a ser de los puramente europeos occidentales y mediterráneos a los de los recientes mundos descubiertos y por descubrir, lo cual pone a disposición de los individuos y de grupos de individuos un mundo que, en proporción a los medios de transporte y comunicación de la época, es prácticamente ilimitado, como también abre a muchos hombres —a todos potencialmente, aunque no de hecho a todos— espacios sociales y económicos «libres», substraídos a la autoridad feudal, local y ciudadana o monárquica real-dinástica. Los individuos pueden —a partir de la apertura del Mediterráneo primero, cuando el bloqueo de los árabes se rompe, y más tarde tras los descubrimientos en Africa, América y Asia, y hasta Oceanía— convertirse en sujetos económicos con actividades independientes en nuevos mercados y sin imposiciones extrañas, si que también sin las limitaciones que la economía agraria medieval les imponía desde un punto de vista social-económico y legal-feudal. Por si ello fuera poco, los descubrimientos científicos ayudan a esta faena de liberación y liberalismo, de expansión hacia horizontes abiertos y amplios que durante siglos permanecieron ignotos o incluso considerados como fantásticas descripciones de soñadores viajeros.

Limitación de horizontes y de espacios a los cuales es posible dirigirse y, en libertad, eludir las limitaciones de la vida social, política y jurídica de la antigua Cristiandad europea, y aún dentro de ella, la liberación, primero económica y más tarde de la intimidad de la conciencia, desde la antigua estructura cerrada agraria, social-feudal y religiosa, precisamente por la posibilidad de construirse una eco-

nomía-base sobre un nuevo asiento distinto del puramente agrario y «natural» dominado éste por la antigua nobleza medieval —civil o eclesiástica—. Junto a ello el perfeccionamiento técnico e industrial que en un complejo de mutuas influencias producen una nueva estructura económica, y una serie de nuevos descubrimientos que exigen, a su vez, nuevos progresos.

Estas particularísimas condiciones o posibilidades históricas producen en el llamado mundo occidental una específica forma de vida, que, además intenta expandirse por todo el mundo que sucesivamente en el decurso de los siglos XV a XIX va descubriendo el hombre de Occidente. Esta particular forma de vida es la que se ha denominado «civilización técnico-burguesa» de Occidente, caracterizada por la libertad individual en todos los campos: social, económico, religioso, político, técnico, etc., y cuya base esencial es justamente la *apertura*, la *libre* apertura de nuevos horizontes, abiertos que se presentan ante los hombres de Europa que durante siglos vivieron encerrados en el ámbito reducido del suelo europeo occidental, y que se produce cuando se rompe el bloque árabe del Mediterráneo, y cuando poco después se inicia la Era de los Descubrimientos geográficos.

Para los hombres del Renacimiento —pues es justamente ese el momento histórico simbólico— todo se abre; todo es nuevo y distinto: de una economía agraria casi natural, y por tanto mínimamente dineraria, que había tenido su iniciación en los finales del Imperio romano; de una economía agrícola cerrada y casi autárquica salvo una pequeñísima parte comercial de objetos de lujo, se pasa a una economía abierta, de gran movimiento, fundamentalmente dineraria y en la que el comercio adquiere por primera vez quizás en la historia una importancia casi idéntica a la agricultura, al mismo tiempo que la técnica industrial, más o menos artesana, progresa al existir por primer vez también desde los más remotos tiempos prehistóricos la *mano de obra libre* a sueldo, frente a la esclava de toda la Antigüedad y la sometida a la servidumbre de la gleba de la Edad Media.

De una sociedad asentada sobre una nobleza de sangre y de dominio del suelo a la cual sostenía en su posesión

dominante la economía agraria y la servidumbre de la gleba, se pasa a una sociedad en la que el comerciante y el artesano industrial formados especialmente en las ciudades italianas del Mediterráneo y el Adriático, en la española Barcelona, en Marsella la francesa, y en varias ciudades flamencas, normandas e inglesas —y de ser habitantes y formarse en esas ciudades les viene el nombre de burgueses—, ocupan un papel prominente, y gracias al apoyo que en ellos buscan y encuentran las nacientes casas reales, las monarquías dinásticas que elevan a la luz histórica los primeros Estados Modernos, pasan en gran parte a ocupar el primer puesto de la sociedad, y por último el de la política, que conquistarán definitivamente al enfrentarse al Estado monárquico-noble a finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, eliminando definitivamente de su posición a la nobleza que pasa sucesivamente de dominante a cortesana, y luego más tarde a ser inoperante, inejemplar y decadente.

De un mundo limitado a la Europa occidental y mediterránea, a un horizonte de límites mundiales; de una técnica elemental que es la consecuencia de la mano de obra esclava y servil —como ha señalado Max Weber— a una cada vez más progresiva para sustituir a la mano de obra libre a sueldo, y a la que hay que pagar por una serie de fenómenos sociales y económicos sobre los cuales es imposible entrar aquí, cada vez más, cada vez a precios más altos.

Todo ello va unido a una autonomía y libertad de la conciencia individual de las clases poderosas, originada a la par por su liberación económica y por la decadencia de los ideales y normas que simbólicamente representaban y mantenían en pie las noblezas civil y eclesiástica que entonces se desmoronan; pues cuando una aristocracia cae en su ejemplaridad arrastra en su caída los ideales y las formas de vida que ellas mismas habían elevado y colocado como banderas a seguir. La autonomía y libertad producen en la Edad Moderna el fenómeno importantísimo, en su unión con las esferas libres de actividad, independientes cada una entre sí, de la religión, la política, la economía, la ciencia, etc., una separación también entre las diversas reflexiones sobre estos campos independientes y libres de la actividad.

humana, es decir, una autonomía y libertad de las ciencias que se desarrollan en sus esferas *puras* e independientes, en una especie de descentralización, de liberación e independización de las ciencias que respectivamente reflexionan sobre las diversas facetas libres de la autonomía del hombre de la modernidad.

Pero un hecho importante hay que señalar y perfilar. Esta civilización técnico-burguesa que ha descubierto un mundo casi ilimitado, no se queda quieta contemplando ese mundo recién descubierto, sino que se lanza a su conquista y a su dominio, y así se expande por todo el orbe conocido, por el acabado de descubrir y por los que va descubriendo —mundos incógnitos— en su peregrinar dominante por el globo.

Hay una nación sí, en esa época, que conducida por su marca a través de la Edad Media de lucha religiosa contra los infieles que dominan en lo que la nueva nación que va surgiendo considera como propio, al expulsarlos y coincidir esta expulsión con su máximo esplendor como nación y con esta explosión de libertad y descubrimientos, en los que ella misma es elemento capital, (por no decir el más importante), se lanza a la conquista religiosa del mundo; se lanza a la conversión de infieles a una doctrina de justicia y de caridad universales, como es el Cristianismo, y llega hasta los límites del mundo abrazando con su poder político todo el globo y llevando por todas las tierras de su dominio la misión de conquista espiritual. Pero esta España —pues no otra era— es derrotada, precisamente por colocar como ideales de su política algo en oposición radical con la expansión técnico-económica y de intereses de este mundo y no de otro más allá, que eran los que movían al resto del mundo occidental, y aquella misión de expansión espiritual de España queda troncada en flor en el siglo XVII, cuando España es aplastada.

Entonces el mundo occidental técnico-burgués inicia su expansión por ese mundo, y esos mundos descubiertos por España, e inicia un tipo de expansión dominante completamente distinta de la que España realizara —cuya diferencia, y apreciando noblemente esta diferencia, ha visto muy

bien Arnold Toynbee—. El hombre que Occidente lanza entonces al resto del mundo para su conquista no es precisamente un misionero de ideales y de conducta religioso-morales, sino un comerciante, y es una expansión técnico-comercial la que Occidente realiza por todo el mundo. El espíritu de empresa y de ganar nuevos mercados, de ganar más y más, conducido por el ansia de ser más que los demás, característico del burgués es lo que impulsa a estos hombres que se lanzan hacia las rutas de América, de Asia, de África, realizando sí una invasión técnico-comercial de los países más remotos, que sin embargo permanecían —aún conquistados económicamente y desde el punto de vista técnico— vírgenes al contacto de los otros logros de tipo diferente de la civilización occidental.

El hombre occidental que en la época moderna se lanza a la conquista comercial y técnica del mundo es un tipo cuyas características son el optimismo y el subjetivismo. Libertad y dinero, ocupan papeles preponderantes en la formación de esta noble y significativa manera de ser. El liberarse de los antiguos lazos y dependencias, y el tener que enfrentarse con nuevas situaciones, en que el carácter, la inteligencia, la confianza en las propias fuerzas ocupan un papel fundamental, da al hombre de la Edad Moderna un particular optimismo. El dinero es, a su vez, una fuerza movible y que además lo mueve todo, y no sólo ello, sino que además lo puede todo. Si unimos aquella particular sensación y realidad de libertad, el poder del dinero, con el espacio ilimitado y libre, sí que también el progresivo dominio técnico y previsible de la naturaleza, tendremos con ello las bases del optimismo y de la sensación de libertad subjetiva.

Pero es que además el dinero emancipa al individuo, pues a diferencia de la tierra —como señala Alfred von Martin— su acción le moviliza. La libertad adquisitiva y comercial también favorece al individuo como tal frente a las antiguas trabas, de modo que el espíritu individualista es el típico de la burguesía que nace a fines del Medievo y en el Renacimiento y adquiere volumen e importancia en el curso de la Modernidad. Frente a la condenación de la

superbia, o confianza suprema en las propias fuerzas características de la moral religiosa medieval, el hombre nuevo cuenta ante todo con sus propias fuerzas —la técnica y el dinero creados por él— y con su *razón* específicamente humanas. Con estas fuerzas se cree capaz de dominar la fortuna, los poderes irracionales o extramundanos, y con ello se sublima el libre albedrío individual humano, apoyándose cada uno en sí mismo —como indica también von Martín—.

Esta específica forma de ser unida al ansia de ser más que todos los demás —estudiada por Max Scheler con agudeza— y poseer cada vez más cosas, hace que se perfeccione cada vez más la técnica industrial y mercantil, con objeto de adquirir las máximas ganancias, y especialmente la ganancia de algo que sirve por su movilidad y su poder, para la adquisición de todas las cosas que sirven para colocarse por encima de los demás: el dinero.

La dirección de la vida, el ideal de la vida burguesa, consiste en la adquisición cada vez mayor, en la adquisición ilimitada, y especialmente en la adquisición ilimitada de lo que sirve para adquirirlo todo: la adquisición ilimitada de dinero. La diferencia de este ideal de vida, que predomina durante toda la Edad Moderna hasta la actualidad, con el del Medievo es radical. A diferencia del ideal burgués que consiste en adquirir cada vez más, el ideal del caballero medieval, que —como dice Max Weber en su formidable estudio «Die sozialen Gründe des Untergangs der antiken Kultur»— «vive cambiando de palacio y consumiendo las provisiones que se han almacenado en ellos», es el de gastar, de gastar con arreglo a su jerarquía y autoridad. Frente al ideal burgués de la adquisición cada vez mayor, el de la nobleza medieval es justamente el de la despreocupación económica, viviendo entregados al desorden de la hacienda, gastando el tiempo, la vida y los bienes, opuesto totalmente al sentido ordenado racionalmente de la adquisición de los bienes, a la *onestá* burguesa en los gastos, que han de ser siempre «útiles» y al sentido matemático de cálculo en la vida encaminada a la adquisición del burgués moderno —que tan bien ha sido estudiadas por Alfred von

Martin en su «Soziologie der Renaissance» y Werner Sombart en su obra «Der moderne Kapitalismus»—.

En la vida burguesa, el dinero —que en realidad no es más que el producto de ciertas actividades humanas, o el signo abstracto de los productos de la actividad humana, y que en el fondo no es más que una *cosa*, un objeto entre otros— toma la apariencia de una realidad independiente, de una potencia exterior al hombre y a las asociaciones de hombres, incluso a los Estados y superior a todos ellos, arrancando al hombre de sí mismo, y simplificando todas las necesidades, todo ese ansia de poseer y de adquisición ilimitada, en una sola necesidad: la necesidad de dinero.

El dinero —como agudamente viera Karl Marx— se convierte en fetiche —entre otros fetiches que son las mercancías y los productos de la actividad humana— adquiriendo vida propia autónoma e independiente del hombre y de su razón. Los productos económicos, el mercado de ellos, con sus fluctuaciones, el crédito, el dinero en fin, se han constituido en una especie de *otra* naturaleza que domina a los hombres y a los Estados mismos. Los productos económicos y el dinero, que son el resultado —productos— de las actividades humanas han pasado a ser en la vida y civilización burguesas los dominadores de los hombres que los han producido. Individuos y Estados están sometidos a la complicada vida de estos fetiches monstruosos, que han alienado al hombre, a masas ingentes de la humanidad, produciendo esa figura humana tan maravillosamente descrita y estudiada por Karl Marx sobre todo en el primer período de su vida filosófica y que él denomina «der entfremdete Mensch» —el hombre alienado—, como consecuencia.

El principio fundamental del individualismo económico y de la libertad de adquisición ilimitada conducida por este tipo de hombre que ansía cada vez adquirir más y más, aquí en este mundo —no hacia el más allá— ha producido el interés desenfrenado por las cosas y goces de este mundo, y especialmente el interés por ese medio de universal adquisición y de poder móvil y total que es el dinero, de

tal forma que los intereses mundanos y el dinero se han convertido en dioses y fetiches objeto de adoración. Y hasta los propios hombres son convertidos por los adoradores del fetiche en simples medios despersonalizados, en *cosas* a los que hay que sacarles el máximo provecho y rendimiento en beneficio del ansia de ser más que los demás (1).

La tiranía de la economía ha llegado a tal extremo que el marxismo, que tan agudamente ha sabido criticar a esta civilización burguesa sometida a la economía, él mismo, sin darse apenas cuenta se convierte en una víctima de esa tiranía económica, de fetiche de la economía al realizar una interpretación económica de la historia, y al considerar que una transformación económica y una organización económica distinta u opuesta a la burguesa será la que conducirá a los hombres al paraíso de la libertad.

Pues bien, la radical importancia y significación del momento histórico presente consiste nada menos que en el hecho fundamental de que los supuestos geográficos, sociales, es decir, toda la infraestructura —o «factores de realización»— de la civilización técnico-burguesa ha sido trastocado de arriba abajo en los últimos años. Todos los supuestos de esta civilización de horizontes abiertos, libre, optimista, individualista; centrada sobre una economía de adquisición ilimitada en virtud de su concreta base de apertura e

(1) Recientemente —el 1 de noviembre de 1955— se ha producido en Estados Unidos un hecho monstruoso, consecuencia de la alienación humana producida por el fetichismo del dinero. Nos limitamos a resumir las noticias del caso, dadas por la Agencia EFE a todos los periódicos españoles.

«John Gilbert Graham construyó él mismo una bomba durante el espacio de dos semanas, según confesión propia, utilizando 25 cartuchos de dinamita, un aparato de relojería y una batería conectada, y la colocó en la maleta de su madre poco antes de ésta subiera al avión de la United Airlines, habiendo comido poco antes tranquilamente con aquélla, su familia y el médico de la casa. La bomba estalló en el avión provocando el accidente que costó la vida a la madre del criminal y a otros 43 pasajeros más. El criminal ha confesado que realizó el crimen para cobrar un seguro de vida de su madre de 37.500 dólares. Un vecino del criminal Graham, ha manifestado que éste tenía ideas «extrañas y que una vez le había dicho que era capaz de todo por dinero».

ilimitación de horizontes, de libertad de mercados, de organización de los mismos en libertad, etc., etc., se han venido abajo en poquísimos tiempo, debido a las causas que vamos a examinar a continuación.

La civilización técnico-burguesa estaba, como vimos anteriormente, asentada sobre una serie de supuestos, pero sobre todo en uno de radical importancia: era la apertura de horizontes, las posibilidades de expansión libre de individuos y de grupos de individuos sobre espacios vírgenes recién descubiertos o por descubrir y a los cuales se podría llegar. Se basaba sobre la ruptura del cerrado espacio medieval hacia horizontes prácticamente ilimitados. Occidente se iba a volcar, y se volcó efectivamente sobre los otros espacios mundiales hasta entonces incógnitos o al menos aislados y sin contacto con Occidente.

Y en esta efectiva expansión occidental —expansión primordialmente económica y técnica, como ha visto Toynbee en «The World and the West», sin ser ni ideológica ni vital— se acabó por descubrir, explorar y penetrar todo el planeta, hasta que llegó el momento de capital importancia histórica —el momento actual— en que ya no existen en el mundo nuevos horizontes que descubrir, no hay espacios libres sobre los cuales expandirse y fundar y explotar nuevas empresas libres, sino que, por el contrario, todo está descubierto, delimitado, sometido a autoridades y poderes social-políticos concretos, a controles y organización y regulación jurídica. Tampoco hay nuevos territorios vírgenes que explotar libremente.

La era de la economía liberal, fundada y asentada en la libre expansión y en la adquisición cada vez mayor está terminando, a menos que se logre por el hombre el salir de este mundo en que por primera vez existe una Historia Mundial, lo cual quiere decir también una economía universal, un acotamiento de la expansión económica en el espacio, una limitación de sus esferas de libertad espacial, y una interdependencia entre todos los fenómenos económicos mundiales, y no sólo esto sino una interdependencia radical entre, no únicamente los fenómenos económicos entre sí, sino entre todos los fenómenos productos de todas las actividades humanas.

Estamos en un momento —y eso es algo que muchos to-

davía no quieren ver— en que por haber desaparecido el «espacio geográfico y social libre» en el que los sujetos económicos se vinculaban en el mercado directamente, sin influencias extrañas —hecho fundamental del liberalismo como ha señalado Karl Mannheim— substrayéndose a la regulación de una autoridad determinada y concreta, va a desaparecer y está desapareciendo ya la base esencial de la economía dimeraria de adquisición ilimitada y libre de la burguesía.

Al cerrarse el espacio hasta hoy ilimitado surge la interdependencia. La libertad y la capacidad de adquirir cada vez más tiende a desaparecer cuando las posibilidades de expansión económica en mercados libres exteriores disminuye. Mientras fué posible, lo fué también el eludir las exigencias —y las limitaciones e influencias— de una realidad dada. No es que los fenómenos económicos estén interferidos por otros del mismo tipo solamente. Es que hay otros sectores de la actividad humana que operan sobre la realidad económica de una manera y con un poder que no pudieron ejercer jamás en la pasada época de libre espacio, como lo fué la Edad Moderna para Occidente, esto es, del siglo XV a nuestros días; y lo mismo ocurre a la inversa, es decir la interferencia de los hechos económicos sobre las demás actividades humanas.

El problema básico que se presenta al mundo actual es el hecho de que por primera vez existe, no historias locales, no ámbitos históricos, civilizaciones y culturas, si que también naciones independientes y aisladas, no espacios por descubrir y por conquistar guerrera y económicamente por Occidente, sino una Historia Mundial, un espacio cerrado y controlado, y un mundo reducido por la conquistas técnicas.

Estamos ya viendo una serie muy significativa de fenómenos que señalan claramente la existencia de nuevas circunstancias completamente distintas e incluso opuestas a las del «climax» en que la llamada Edad Moderna se desarrolló. Son éstas: disminución y casi eliminación en muchos casos de la libertad económica; disminución, y ello cuando no hay eliminación, de la libertad privada y pública de las actividades individuales; tendencias claras a la sustitución de la clase burguesa dominante por otra; iniciación de los primeros intentos de una economía de consumo fiscalizada y con-

trolada. Esto en el aspecto económico; luego más tarde podremos examinar lo que ocurre en la superestructura política.

Horizonte cerrado, control de la economía, interferencia e interdependencia de los fenómenos todos. En parte —y solamente en parte— la situación comienza a ser «parecida» a la del occidente medieval. Y lo es en parte tan sólo porque las condiciones de espacio, de técnica, y sobre todo del conjunto de posibilidades históricas con que el hombre cuenta hoy son completamente distintas de las del hombre medieval. Sin embargo las condiciones de interferencias e interdependencias de los fenómenos más diversos es tan evidente —y aún más por el estrechamiento del mundo que la técnica ha producido— a como lo fueran en el pequeño mundo occidental cristiano de la Edad Media.

Hay una diferencia, digna de señalar por su importancia entre las dos situaciones, y es que hoy pasamos de un mundo libre y una economía dineraria de adquisición ilimitada a un mundo total cerrado y a una economía por ello de necesario control y encaminada de nuevo hacia el consumo, mientras que en el mundo cerrado de la Edad Media su organización económica prevenía de la fase final del Imperio Romano que había vuelto a ser una economía casi natural a consecuencia de las circunstancias que implantaron en el vasto dominio de Diocleciano la servidumbre de la gleba y el colonato, entre otras transformaciones de la economía romana en los siglos III y IV.

Las condiciones y circunstancias, aunque parecidas en ciertos aspectos, son hoy completamente diferentes tanto en la infraestructura social-económica como en la superestructura ideológica y política, pues el tipo de estas últimas no tienen nada que ver apenas con la situación feudal civil y religiosa de la Edad Media.

Hecho cierto e indudable es que hoy comienza por primera vez en la historia humana una auténtica Historia Mundial.

Pero lo curioso del caso es que si la infraestructura económica y geopolítica ha variado totalmente, todavía permanecen en vigor las ideologías y las estructuras político-jurídicas de la Epoca Moderna en una gran parte. La ideología

de la burguesía moderna, esto es, el optimismo racionalista e individualista que se construyó como creencia y concepción del mundo de grandes masas de Occidente, y que este Occidente intentó llevar con diverso éxito a otros lugares del globo, así como también las estructuras jurídico-políticas que se construyeron sobre esta ideología, permanecen aún en pie y masas enteras confían aún en ellas en grandes regiones del globo.

Los ideales de libertad y los ideales del logro de una felicidad intramundana mediante la adquisición de bienes terrenos, si que también la idea progresista dieciochesca del logro de un paraíso intramundano a través del progreso técnico y económico están vivas y presentes no solamente en las ideas y en las sociedades burguesas, sino igualmente en las ideas y conceptos de las nuevas sociedades organizadas bajo la influencia del pensamiento del materialismo dialéctico de Karl Marx.

El idealismo de la libertad —una idealización de la libertad por sí misma, inmanente—, y una creencia en que el progreso técnico y económico traerán la felicidad a este mundo, impregnan hoy tanto los credos burgueses como los marxistas. Libertad y técnica económica como solución para el logro de aquella libertad es algo que hoy está aún en plena vigencia, cuando de modo evidente el horizonte se presenta cargado de solidarias interferencias de individuos, de grupos, de los fenómenos todos de la actividad humana, y también cargado del hecho radicalmente incontrovertible de que a pesar del progreso técnico-material, existe una estabilidad, cuando no a veces un retroceso de la moralidad.

Ante este aferrarse de los hombres a sus concepciones e instituciones, a sus creaciones profundamente mundanas, a sus ideales de felicidad por adquisición cada vez mayor de bienes materiales, y ante la nueva situación mundial totalmente nueva, y ante la cual se cierran con una frecuencia digna de mejor causa los ojos, cabe preguntarse: ¿Qué porvenir se nos presenta como *previsible*, ya que no como de segura realización pues la historia humana se caracteriza por estar en permanente *status nascendi*?

Por lo pronto nos encontramos con una realidad —la

unificación de la Historia Mundial— por primera vez experimentada por la humanidad, y que hace difícil de realizar cualquier clase de previsión. Frente a las pasadas historias locales, sobre cuya base se hicieron muchas veces previsiones apoyadas en cambios y transformaciones de carácter cíclico o periódico, hoy nos encontramos con que aquellas formas de razonar o de intentar adivinar el porvenir no nos sirven. Hesta nuestros días, debido justamente a la existencia de historias locales o regionales en el mundo, muchas de ellas totalmente independientes de las demás, se han producido una serie de procesos completos en el mundo, en la historia de pueblos o civilizaciones descritos de la misma manera que la vida de los hombres, con su nacimiento, su desarrollo y muerte. Sin embargo, la *unificación* de la historia humana tal como se ha iniciado en nuestra época significaría una realidad totalmente distinta y nueva: una cultura, una civilización o gran pueblo mundial unificado iniciaría hoy su nacimiento; pero su desarrollo y muerte tendrían características completamente distintas de las observadas hasta el presente, y por tanto imposibles de preveer, ya que en nada se parecen, ni remotamente a las de otros ciclos históricos.

Es cierto que si los ciclos históricos nunca han sido realmente una idéntica repetición, un retorno a lo eternamente igual, y así por ejemplo la crisis renacentista tuvo unas características distintas a la de la Antigüedad — y así lo han visto Toynbee en su «A Study of History» y en «The World and the West», como también Werner Henneke en su obra «Formwandel und Probleme des Abendlandes»— la coyuntura actual respecto a las anteriores es de una evidente novedad.

Arnold Toynbee ha señalado un hecho importante en su ya citado libro «The World and the West»: al final de la Antigüedad Clásica, el mundo oriental hizo prisioneros a los que anteriormente la habían conquistado, esto es, a los griegos y romanos, convirtiéndolos a las nuevas religiones que dirigían sus mensajes a todas las almas humanas sin discriminar entre gobernantes y gobernados sometidos, o entre gregos, orientales y bárbaros; y se pregunta, en consecuencia, si no podría ocurrir en el comienzo de nuestra era el hecho de que

Occidente fuera conquistado por aquellos pueblos de otras partes del planeta, especialmente por los orientales asiáticos, que antes habían sido conquistados tan sólo por la técnica de Occidente.

Mas, por lo pronto, cabe preguntarse si realmente están esos pueblos asiáticos en condiciones de juventud necesarias, y son lo realmente capaces hoy día para ofrecer a Occidente una cultura y una religión y reconstruir esta civilización occidental que ha producido ella misma los productos y posibilidades que la llevan hacia su propia destrucción —aunque como dijimos anteriormente hay muchos síntomas de no querer reconocer esta evidente situación de crisis occidental—. Creemos que realmente no se presenta en el horizonte oriental, ni occidental, ningún pueblo lo suficientemente deslindado en este aspecto de conquistador de Occidente, y capaz de traerle una nueva revelación salvadora.

Para el otro historiador actual que hemos citado, esto es, para Werner Henneke nuestra situación actual es excepcional e incomparable, como nosotros lo entendemos también, y ya lo hemos expresado así anteriormente. Para este autor citado «una renovación de nuestra cultura no puede esperarse de nuevas religiones o razas, sino solamente de la superación del mundo de ideas que ha producido esta enorme catástrofe, y ante todo por consiguiente, de la victoria sobre el mundo intelectual del siglo XVIII». Con ello Henneke lo que considera necesario es la superación de toda la concepción racionalista-mecanicista si que también progresista del mundo burgués, sobre la cual aún está viviendo el mundo occidental hoy mismo, y también gran parte del mundo conquistado técnicamente de modo real, pero en cierta parte también subconscientemente por la concepción occidental.

Pero esta concepción del mundo se parece mucho a la que imperaba hacia el final del período clásico de la historia antigua. Es cierto que la concepción optimista e individualista de la Epoca Moderna ha utilizado, deformándolos, elementos cristianos y orientales, pero es perfectamente comprobable que los elementos de naturalismo, de progresismo y racionalismo le vinieron a la Epoca Moderna de la Antigüedad, cuya ideología hace suya el hombre del Renacimiento.

to, al decaer la ideología cristiana y la sociedad y economía que la sostenía a finales de la Edad Media, y es también cierto que el ideal de paraíso intramundano de la burguesía entonces naciente es algo también propio del pensamiento clásico. No es posible sin embargo igualar ambas concepciones, pues en medio de ellas está una serie tal de circunstancias y acontecimientos históricos que hacen imposible toda equiparación.

Tan sólo cierta semejanza de situación crítica pudiera hacer considerar a algunos —tal es el caso citado de Toynbee— la posibilidad de una solución semejante también. Ya hemos dicho la dificultad enorme existente, pues no aparece por ninguna parte del mundo un pueblo con una idea nueva y pura de renovación espiritual y moral, sino todo lo más —es el caso del comunismo— una solución asentada sobre una nueva forma de estructuración económica y técnica que se considera como panacea universal, pero que significa también la dependencia, y su limitación con ello, que el marxismo tiene como originado en la circunstancia burguesa liberal dominada por la economía, siendo sus supuestos de tipo ideológico idénticos a los de la burguesía: racionalismo, naturalismo, optimismo y progresismo hacia un paraíso intramundano de libertad individual inmanente.

Esta doctrina ocupa también un papel muy importante —a pesar de sus especiales características sociales, religiosas y estructurales distintas de las occidentales— en la mentalidad de grandes pueblos asiáticos y africanos, sujetos además a condiciones económicas que impulsan al éxito a estas doctrinas por lo que tienen de liberación esperanzada, y en lo cual reside ciertamente su valor, si que también en su sentido de la justicia, y no en su pretendida necesidad impuesta por la dialéctica histórica.

La situación, pues, se presenta oscura y confusa porque no obstante las nuevas circunstancias mundiales, el concepto vital del liberalismo burgués, en una u otra forma se mantiene aún con una firmeza extraordinaria debido esencialmente a una razón poderosísima: esta ideología surge, en el fondo, de una vena radicalmente importante y permanente en la naturaleza humana, y atiende concretamente a su

llamada. Es el aprecio y la inclinación a los bienes de este mundo, y la tendencia del hombre empecatado a positivizar sus propias creaciones y atributos de libertad, de razón. Responde al deseo humano de felicidad a lograr en este mundo, y al entendimiento de esta felicidad como el goce de bienes mundanos tales como el poder, el lujo y la carne, atrayentes desde que el mundo es mundo, para los hombres de todos los pueblos, todas las clases y todas las situaciones, y que es la consecuencia histórica de la caída original.

Las religiones que han enseñado el desprecio de lo intramundano, e incluso la religión divina del Cristianismo no han logrado a través de la historia que la humanidad, que los pueblos, que grandes grupos humanos hayan abandonado esta utopía de felicidad en la tierra y que constituye una auténtica autodefraudación. También la historia nos enseña que, una y otra vez, el final de este autoengaño de los hombres, ciclo tras ciclo, es el de catástrofes históricas y una fabulosa situación de angustia y desesperación. Y sin embargo, a pesar de estas enseñanzas de la historia, a pesar de las dos grandes guerras mundiales últimas, no existe actualmente un síntoma de desvalorización de esas concepciones optimistas y progresistas, como lo demuestra el prestigio mantenido de la ideología liberal-democrática burguesa por un lado, y por otro también el éxito de la otra ideología del mismo tipo de liberación progresista aquí en el mundo que es la del materialismo dialéctico en el campo filosófico, cuya manifestación política es el comunismo.

La situación actual es nueva y vieja a la vez. Es nueva desde el punto de vista histórico-social, en cuanto circunstancia histórica distinta del horizonte cerrado, de reducción del tamaño del mundo gracias a su conquista y a los adelantos técnicos; nueva en cuanto existe hoy un condicionamiento de todos los fenómenos de todo el globo terráqueo y una interferencia e interdependencia de todos ellos al haberse establecido por primera vez una Historia Mundial, frente a las antiguas historias locales o de civilizaciones y pueblos aislados o semi-aislados. Lo es también, en cuanto apenas cabe la esperanza de que surja en el horizonte un pueblo que dé soluciones a este tipo de civilización fundamentalmente

occidental que se ha impuesto al mundo, sobre todo porque ha aprovechado una circunstancia favorable en muchos aspectos, y porque ha llevado al mundo entero una idea y una actitud alagadora para los deseos intramundanos de goce material de la humanidad toda. Pero es vieja también en cuanto hoy, como siempre, el hombre se aferra con testarudez a una ideología y a un modo de vida que persigue — hoy hasta furiosamente — la felicidad y el goce en este mundo, mediante la posesión de bienes materiales, y que además y ahí está algo tremendamente trágico —, cree cada vez más firmemente que logrará conseguirla por ese camino.

Una nueva Revelación divina y un nuevo Evangelio no vendrán al mundo. No se ve, por otra parte, en el horizonte un cambio, ni remoto, de la concepción progresista intramundana desarrollada especialmente por el mundo burgués, especialmente en Occidente, pero trasladada en parte a Oriente también. Al revés parece acentuarse, aun después de las dos últimas catástrofes mundiales y de la tercera que está amenazando producirse apenas terminada la última.

En esta situación tan sólo una particular intervención eficaz de la gracia divina sobre masas importantes de hombres podría aclarar el panorama, ciertamente no muy alentador. Pero un error sostenido en los últimos tiempos, incluso por muchos de aquellos que por su creencia no debían mantenerlo, viene a obscurecer más la única fuente de luz que podría traer una renovación de la mentalidad ante la grave situación mundial. Este error consiste en la equiparación, en la identificación más bien, del Occidente con el Cristianismo. Es el error tremendo de ligar indisolublemente una verdad meta-mundana a una fase de la historia concreta de la humanidad en la tierra.

El error parte fundamentalmente de una particular hipersensibilidad occidentalista, es decir, de un considerar que Occidente es algo así como el eje único e insustituible de la historia del mundo a través de los siglos y que su importancia es incomparable con la de ninguna otra región del mundo ni fase de la historia universal, de las habidas y de las por haber que no se basen en un «occidentalismo», pretendiéndose con ello el centrar en una fase tan sólo de la

historia de la humanidad, una fase parcial en el tiempo y en el espacio, un valor absoluto, intemporal e inespacial.

Este error proviene también de la mentalidad progresista dieciochesca, especialmente francesa, continuada por la «Aufklärung» alemana y el idealismo alemán, y estructurada especialmente por Hegel en sus «Lecciones sobre la Filosofía de la Historia Universal», y seguido luego por muchos autores entre ellos incluso muchos cristianos, (aunque esto último parezca inverosímil), uno de los cuales es el historiador germano que hemos citado anteriormente, Werner Henneke.

Para los que identifican Cristianismo con Occidente o lo ligan indisolublemente a Occidente, solamente hay un círculo cultural civilizado, el cristiano-occidental, que pueda ser contemplado *sub specie aeternitatis*, lo cual, aparte de ser anticristiano es profundamente antihistórico. Por ello, del renacimiento o renovación de este Occidente-cristiano hacen depender la solución de los problemas del mundo y el destino del universo entero (2). Otro pensadores aún acentúan más el centrar las esperanzas de salvación del mundo en una forma cultural fantasmagórica e inconcreta como es Europa, considerando que tan sólo de ella —de esta Europa, que precisamente, en virtud de sus tremendas equivocaciones ha hecho surgir de su seno las dos últimas catástrofes mundiales— puede salir la luz de una nueva era del mundo. Uno de estos «europeístas» de toda la vida era nuestro Ortega y Gasset, el cual dándose clara cuenta de la nueva situación de historia mundial del presente cuando decía: Durante la llamada «Edad Moderna», época en que se consolidan los Estados Nacionales, y que constituye el momento de la hegemonía europea, la Humanidad entra en un momento de unificación gigantesco, que en nuestros días ha llegado a su término insuperable; ya no hay trozos de Humanidad que vivan aparte. Mas, sin embargo, como buen europeísta y occidentalista, Or-

(2) Tenemos noticia, y aunque lo tenemos pedido no ha llegado aún a nuestras manos, de un libro que, en el mismo sentido que nosotros, ataca esta identificación absurda. Es la obra del jesuita alemán Klemens Brockmüller, «Christentum am Morgen des Atomzeitalters».

tega y Gassèt creía en Europa, en una Europa convertida, como él decía, en *ultranación*, como base del nuevo mundo por nacer. Pero de ninguna manera vemos nosotros en esta Europa de segunda post-guerra ningún impulso incitativo, ninguna bandera levantada para la realización de una empresa común por los pueblos europeos.

En realidad la civilización occidental como tal, es decir, el período que abarca desde la Antigüedad Clásica hasta nuestros días, en el ámbito en que se desarrolló y al que se extendió, realizó logros importantes para la Humanidad, pero no es posible por ello considerarla como la civilización por antonomasia, entre las habidas y las por haber. Es una fase más de la historia del mundo. Nada más y menos. Y ni sus logros culturales más eternos, ni menos que los de otros pueblos y civilizaciones, y, por otra parte, tampoco es posible presumir de occidentalismo puro como unos racistas cualquiera del pensamiento y de la cultura, pues muchas cosas debe el Occidente a Oriente, incluso nada menos que —como realidad histórica, aparte de su divinidad— el Cristianismo que de Oriente justamente vino a Occidente, y precisamente para señalarle un camino que no tenía nada que ver con las líneas directrices del occidentalismo nacionalista, naturalista e intramundano de las culturas clásicas.

De todas estas últimas reflexiones se pueden sacar una serie de consecuencias sobre la actual situación: Es cierto que las sucesivas civilizaciones y culturas han aportado diversas conquistas a la humanidad, incluso en sus direcciones equivocadas de intentar el sucedáneo de una felicidad humana, y hasta pudiera decirse que el permanente autoengaño de los hombres en este aspecto les ha ayudado mucho a la consecución del adelanto material y técnico, tal como ha ocurrido con la civilización occidental burguesa. Otra consecuencia es la evidente incapacidad de las religiones —también del Cristianismo— para lograr que grandes masas, grupos importantes de hombres, pueblos como tales se aparten de un modo radical y efectivo de esta consideración intramundana del fin humano como aspiración a la felicidad en este mundo mediante el bienestar material: el anhelo de libertad y de goce mundanos quedan en pie en la historia,

y hoy día se han acentuado a consecuencia de la civilización técnico-burguesa idealizadora de la libertad y de la adquisición ilimitada de bienes de goce.

Y si es evidente un progreso técnico, un progreso material, no lo es menos que la moralidad religiosa permanece estable —cuando no a veces retrocede en períodos críticos especialmente como el de hoy—. A pesar del progreso material y técnico indudable, la moralidad es poco más o menos estática, y el optimismo de los progresistas y racionalistas utopistas es en este aspecto precisamente eso: utopía.

¿Por qué ocurre esto? La razón es obvia. El hombre cuando es auténticamente tal, cuando se mantiene en su condición humana —no cuando las circunstancias materiales lo aplastan, lo alienan o enajenan— es libre, y es ante todo *potencia* humana, que se apoya en las posibilidades históricas dadas para «proyectarse» sobre y frente a las cosas y frente a esas posibilidades que la historia le da ya «tesaurizadas» —en expresión orteguiana—. Y si el hombre es potencia y recurso a posibilidades —como decía Zubiri— en el aspecto moral el hombre es fundamentalmente *potencia* tan sólo y por eso es eminentemente libre, el hombre es «proyecto», pero sobre todo, en consecuencia, «decisión» moral-religiosa. Pero el hombre como *potencia* es «cada individuo concreto en sí», jamás grupo, jamás agrupación social, o *histórica*. Es «cada hombre concreto» el *sujeto* de *decisión moral*.

De nada, pues, sirven en este caso de la decisión moral-religiosa hacia el bien o hacia el mal los logros históricos que *se le ofrecen dados* al hombre, pero sobre los cuales actúa *su potencia*, que *es suya*, y que especialmente *proyecta* sobre aquellas, *su propia* y radicalmente *personal decisión*.

El que el hombre permanezca siempre idéntico, estable, sin progreso acumulativo sobre las personalidades en este aspecto, es algo incontrovertible; el que el hombre permanezca igual a través de la historia como «potencia de decisión moral» es no sólo en hecho evidente sino que «moralmente» tiene necesariamente que ser así, pues si se diera la posibilidad de un progreso histórico acumulativo de la moralidad se daría inmediatamente la inconsecuencia moral de relativizar

la moralidad, de relativizar la conducta moral-religiosa de los hombres según las épocas, y así, a los hombres de la Antigüedad cabría exigirles menos responsabilidad que a los modernos, y mientras más avanzara la historia cabría exigir más responsabilidad moral en sí —no en las consecuencias— a los humanos. En ello reside también un punto de conexión con el hecho de que el Cristianismo no haya logrado de un modo histórico un auténtico progreso moral de cambio radical por grandes grupos humanos de actitud frente al concepto de felicidad y goce intramundano, y ello porque la decisión moral-religiosa es siempre una *decisión personal, de cada hombre*, y Cristo la propone a cada hombre en particular; Cristo da la batalla a la maldad y a la incredulidad en la conciencia de *cada hombre concreto*, independiente este fenómeno de la influencia de tipo comunitario que la Iglesia como cuerpo místico y solidaridad de méritos y deméritos tenga. La simple posibilidad de acumulación y progreso histórico en el aspecto moral-religioso, sería justamente la negación de la idea de moralidad como libre decisión en cada momento de la vida y de la biografía de cada hombre, el cual *ha de hacerse para el bien*, en cada momento de su vida del primero al último.

En este hecho se basa también un argumento esencial para la distinción entre Occidente y Cristianismo, y ello porque el Cristianismo —a pesar de su nacimiento en un momento de la historia, a pesar de desarrollarse en la historia— no es historia, ni es una civilización, ni una cultura, ni siquiera una norma moral, ni una teoría, ni una ley, ni una filosofía, sino una *actitud*, y una *aptitud* también, una *decisión radical personal*, esencialmente personal, de potencia individual concreta, de unirse personalmente a Cristo como Camino, Verdad y Vida que El mismo es.

Tan cierto, pues, como que no existe ni puede existir —*humanamente* hablando y *divinamente* considerando el sentido de la moralidad y su valor— un progreso, es el hecho de que sí existe un auténtico avance técnico y material, producido justamente en los últimos tiempos por la civilización técnico-burguesa que en la persecución de un paraíso mundano tan poco se preocupó de la unión personal en el

mundo y [el] trasmundo con la persona de Cristo. Y ese mismo anhelo de goce material y de progreso fué el que produjo esta nueva situación en que hoy el mundo se encuentra, de cerrar el horizonte y de empequeñecer al mundo por medio de la técnica, y convertirlo en un complicado complejo de interdependencias.

Y si existe un desequilibrio entre el avance técnico, entre el progreso material y la estabilidad moral —cuando no el retroceso de ésta— un desequilibrio existe también entre las nuevas condiciones o circunstancias técnico-espacio-temporales, y las formas de organización político-jurídicas de las sociedades y los pueblos, que provienen de condiciones y supuestos o «factores de realización» totalmente diversos de los actuales. Si el progreso técnico es de imposible detención, tampoco es posible evitar la limitación y reducción del espacio mundano y el cierre de horizontes que este adelanto técnico-material ha producido unificando el mundo.

Esta unificación técnico-material, con sus consecuencias de interdependencia y falta de libertad de expansión en todos los aspectos, es justamente la que hace, no solamente insuficiente, sino entorpecedor y desorganizante, angustioso e inoperante, el mantenimiento de las ideologías social-políticas basadas sobre los antiguos supuestos o «factores de realización» —infraestructura—, y también el mantenimiento de las formas político-jurídicas de los Estados-Nacionales soberanos hacia el interior pero sobre todo hacia el *exterior*.

Los Estados Nacionales, independientes y soberanos, que utilizan todavía conceptos de soberanía, de propiedad, de economía propios de antiguas situaciones sobre-pasadas, superadas, y además emplean en la defensa de esas sus antiguas posiciones y concepciones la técnica moderna, provocan situaciones —al enfrentarse con las nuevas realidades geográfico-técnicas, sociales, económicas que la nueva situación histórica ha producido— de una ineficacia, de una violencia, y muchas veces de una opresión e injusticia, difícilmente superables.

El intentar abordar la nueva situación con métodos de épocas superadas produce serios conflictos. Así, por ejemplo, riquezas efectivas y de fácil exportación en épocas «abiertas», constituyen a veces una fuente de perturbación de la

situación social-económica de algunos países. El desarrollo de la industria y la técnica, que debería lograr actualmente un mayor bienestar material de grandes masas humanas, por una serie de causas, entre las cuales se encuentran el dominio de los Estados Nacionales por grupos burgueses dominados aún por la directriz económica de adquisición ilimitada, junto al peligro de una nueva guerra total y de consecuencias gravísimas para *todo* el mundo sin posibilidad de escape; el miedo a esta guerra de estos mismos capitalistas que por otra parte la fomentan —nada hay que tema tanto el burgués apegado a los bienes materiales como la muerte—, la imposibilidad misma de operar y adquirir ganancias de grupos industriales por interferencias exteriores de tipo social, económico, etc., eliminan los beneficios del adelanto técnico industrial para la gran masa.

La progresiva disminución —debido especialmente a las nuevas circunstancias nacidas o acentuadas tras la última guerra mundial— de la *soberanía hacia el exterior*, que en el fondo, es una manifestación de la *libertad e independencia espacial* de los Estados que hoy se ha *cerrado* por haberse también cerrado los horizontes antiguamente abiertos, hace reaccionar a la política estatal hacia una actitud *totalitaria en el interior*. No es que el progreso técnico obligue a los Estados-Nacionales —como considera Francisco Ayala— a adoptar esta actitud totalitaria, sino más bien la progresiva disminución de la soberanía hacia el exterior, si que también disminución de la libertad, que el horizonte cerrado impone. Igual ocurre con el fenómeno de las economías dirigidas, que tras la última guerra mundial permanece y hasta se ha acentuado como política económica de la inmensa mayoría de los Estados, y que por muchos se considera como resabio de los tiempos de guerra o de los fascismos fenecidos y vencidos —consideración que, aparte de cómoda, es totalmente errónea, y que recuerda mucho el achacar a «turbios manejos marxistas» las críticas justas que se hacen a los regímenes estatales sometidos al capitalismo—. El que los Estados continúen controlando la economía se debe sin duda, a la nueva situación económico-política mundial de paso de régimen de espacio abierto a espacio cerrado e interdepen-

dencia. El que se abuse de ese control de la economía en beneficio de unos pocos, tomando aquellas condiciones nuevas como pretexto, es algo ya completamente distinto y que se debe únicamente a situaciones de fuerza en el interior de los Estados, pero aún los regímenes más liberales se han visto obligados por imposición de las circunstancias mundiales a utilizar procedimientos de control totalitarios en la economía y mantenerlos a ultranza.

Lo mismo que el hombre individual no puede hoy «escaparse», huir, a ningún lugar libre en el globo de la presión política, estatal o económica, y sin embargo hasta hace muy poco tiempo relativamente podía hacerlo, y viajar e instalarse libremente en cualquier lugar, los Estados hoy tampoco son libres, ni tienen posibilidad del ejercicio de la soberanía exterior que, en el fondo, suponía siempre un hecho: la existencia de espacios libres donde pudiera ejercitarse sin tocar de modo directo el ámbito de soberanía de otros Estados similares. Y esa presión que la nueva situación mundial ejerce sobre los Estados es ejercida a su vez por éstos sobre los súbditos.

Pero si desde el punto de vista de la soberanía y libertad de los Estados —de estos Estados que no pueden hoy siquiera por sí mismos organizarse interiormente a su manera, ni declarar la guerra ni concluir una paz, sino que están sometidos a controles superiores, no solamente de un derecho más o menos vigente como el de la Carta de la O. N. U. o el Pacto del Atlántico, sino sobre todo por presiones de hecho, éstas sí totalmente eficaces—; si desde el punto de vista de la libertad y soberanía de los individuos también, la nueva situación ha traído consecuencias negativas, esta nueva unidad y unificación y reducción técnica del mundo, esta disminución y cerrazón del espacio mundial y hasta del tiempo mundial, ha producido, sin duda, un «factor de realización» —como expresivamente denomina Max Scheler en su «Soziologie des Wissens» a los factores reales o de hecho—, una base fundamental hasta ahora ilograda e ilograble para la estructuración de una nueva forma de organización política que se vislumbra ya en sus pasos iniciales. Una forma

política nueva, que hasta ahora no tenía históricamente *posibilidades* de realizarse.

El paso de *historias locales o aisladas*, a través de la época de espacios abiertos, libres y conquistables por potencias sociales y políticas soberanas y poderosas, hasta una *historia mundial interdependiente*, es justamente lo que va a permitir el paso desde la forma política de los *Estados soberanos o Estados-Nacionales soberanos* a una *Organización Política Mundial*, la cual, aunque no lograda todavía, está hoy en condiciones de ser lograda, y ello es lo importante, que apenas hace cincuenta años o quizás menos era inexistente.

La unificación del mundo y su reducción a consecuencia de la técnica en nuestros días, es algo que hace totalmente inservibles tanto las ideologías liberales o de grupos aislados organizados liberal, o dictatorialmente pero aislados, e igualmente hace inservibles la organización política bajo la forma de Estados Nacionales o no, pero soberanos libres e independientes, los cuales no son más que la superestructura de una realidad de espacios libres por donde extender su soberanía exterior. Ideas liberales y Estados soberanos son radicalmente incompetentes para afrontar la nueva situación.

Sin embargo, hay grupos humanos de importancia y significación que se extrañan y se lamentan, e incluso intentan impedir esta ineludible realidad. Grupos económicos liberal-capitalistas, y grupos políticos impulsados por esos grupos primeramente citados, mantienen hoy con frecuencia la postura últimamente descrita. Pero lo curioso del caso es ver, como, por ejemplo, en el «Bulletin international des Sciences Sociales» de la UNESCO —quizás el organismo que esté en mejores condiciones de realizar una visión realista e imparcialmente científica de la situación— aparezcan hoy artículos manteniendo doctrinas nostálgicas de vueltas atrás. Así, Francisco Ayala —en su artículo «Liberté, sécurité et technologie moderne» (loc. cit., vol. II, núm. 3, Otoño 1950)— siente en el alma la destrucción de las Naciones, de los Estados-Nacionales, y que su desaparición pueda acentuar aún más la uniformidad que ya hace demasiado monótona la sociedad en que vivimos; lamentando que el hacer desaparecer a las Naciones sea tirar por la ventana los tesoros culturales

que ellas han producido y de los cuales son depositarias —lo cual, a nuestro entender, no es una consecuencia necesaria de esa desaparición, como no lo fué de la desaparición de Grecia y de Roma, cuyo legado permanece entre nosotros y con nosotros.

Pero incluso esa nostalgia reaccionaria llega a más en Francisco Ayala, el cual nos dice también en el citado artículo: «En el curso de los últimos cuarenta años sobre todo, los Estados se han arrogado un derecho de inspeccionar, inevitable puede ser, pero con seguridad abusivo, sobre ciertos sectores de la actividad humana que, a consecuencia del progreso técnico, han visto acrecer de manera considerable su importancia y su dominio. Hay que retirarles este derecho y volver otra vez, en lo esencial, y adaptándolo a la realidad presente, a la situación que existía en el siglo XIX, edad de oro de las nacionalidades, pero también una de las épocas más equilibradas y fecundas de la historia». Esto ha sido escrito por un profesor de hoy en una revista tan actual como la citada, y sobre lo cual el mejor comentario es el triste silencio.

Se quiera o no se quiera admitir, sin embargo, se desea o no volver a lo pasado —con un criterio romántico de que «cualquier tiempo pasado fué mejor»— lo cierto es que nos encontramos hoy al final de esa etapa de las formas políticas denominadas «Estados», y sin que consideremos tampoco que «nada fué como el presente» hay que admitir esa realidad y la imposibilidad de volver al pasado por la sencilla razón de que la historia nunca vuelve atrás, y —como decía Ortega y Gasset en «Historia como sistema»— el pasado sostiene nuestro hoy para que nos lancemos hacia el futuro, en vista del pasado, pero sin poder serlo ya otra vez.

Porque las viejas formas son ya inservibles se manifiestan hoy formas políticas de agrupaciones de Estados, no ya puramente por acuerdo voluntario, sino porque las circunstancias así lo exigen, al lado de agrupaciones de tipo económico. En el primer aspecto tenemos los dos grandes bloques regionales de Estados agrupados —incluso con pérdida de hecho de su soberanía— alrededor de los Estados Unidos de Norteamérica y de la Unión de Repúblicas Socialistas So-

viéticas; la agrupación del Pacto Atlántico no sólo de carácter defensivo, e igualmente los pactos del Pacífico y entre países asiático-africanos, o puramente asiáticos. En el segundo caso tenemos los pactos de «Benelux» y de la comunidad del carbón y del acero europea. Intentos menos logrados son los del Consejo de Europa, más de esperanza que de realidad, o el de apoyo mutuo ruso-chino, real pero con muchas reservas, pues en ambas grandes potencias se abriga todavía la esperanza de la soberanía única hacia el exterior.

Estas agrupaciones, no ya como hasta hoy apoyadas sobre intentos de logro de un contradictorio en sí mismo derecho «internacional», sino sobre acuciantes necesidades reales, son, sin duda alguna los preámbulos de una futura unificación política mundial, y si todavía hoy esas agrupaciones son en el mayor de los casos enemigas, lo son precisamente sobre la base del logro, por una de ellas tan sólo, de un dominio político mundial e incluso de una organización político-jurídica mundial bajo su mando o poder, sentido de imperialismo mundial que se inició ya en plena época de los Estados soberanos independientes, pero sin *posibilidades técnicas*, sin posibilidades materiales históricas de lograrse, mientras que hoy sí existen.

Es cierto sí que la historia humana es por esencia radicalmente abierta, está en perpetuo estado de nacimiento y de producción de nuevas posibilidades que pueden dar lugar a realidades nuevas imposibles de preveer, pero, al menos en sus líneas generales, es difícil que no se produzca en un futuro cada vez más inmediato una marcha cada vez más acelerada hacia una organización política mundial, de la cual presenciamos hoy las primeras escaramuzas.

Ahora bien, el gran problema que se plantea a la humanidad, a los hombres, en caso de lograrse la unificación político-jurídica mundial, está íntimamente conexo con el del indudable adelanto técnico-material y de capacidad organizadora del hombre de aquella forma política, y de un progreso rápido hacia ella y en el campo material, mas, por otro lado, la estabilidad moral, la situación idéntica del problema de la decisión moral-religiosa hacia el bien o hacia el

mal, que es propio y radicalmente personal, y ajeno por completo al adelanto técnico-histórico.

Una organización político-jurídica mundial tendría, sin duda, en sus manos enormes posibilidades de beneficio para toda la humanidad —que ya el genio de Dante Alighieri había en parte adelantado en su tratado «De Monarchia»—, como serían el de la eliminación de la carrera de armamentos y sostenimiento de grandes ejércitos en pie de guerra, que es una de las grandes ruinas de la humanidad, y, al existir una economía controlada unitariamente en todo el mundo y para todo él si que también encaminada hacia el consumo, y distribución máxima y rápida de los productos, con una tendencia al equilibrio y la compensación e intercambio mundial de los productos típicos de cada región, llevaría sin duda, con esta planificación, a un mayor bienestar general. Otras muchas ventajas podrían enumerarse, que nos alargarían este estudio, un poco hipotético hoy como realidad, pero indudables.

Pero también, por el contrario, una forma política única, un sólo poder y un sólo mando, un poder político único, a cuyo servicio estaría una fuerza policíaca prácticamente incontenible gracias al desarrollo de la técnica, tiene en contra el tremendo «handicap» del peligro indudable de convertirse en el más monstruoso de los despotismos que hayan conocido los siglos, por su posibilidad de extenderse con una fuerza aplastante a toda la humanidad, y sin posibilidad práctica de escapar a su dominio, salvando naturalmente la capacidad heroica que, en principio, todo hombre lleva consigo de resistir con la vida a la opresión tiránica.

Realmente el problema de estructuración, de autolimitación de esa posible y cercana en su establecimiento organización mundial, es el siguiente: ¿Cómo lograr que esa organización sea real y efectivamente una más perfecta forma de logro del bienestar, la paz y la justicia para todos los hombres, y no se convierta de hecho en una fabulosa maquinaria de despotismo y opresión de toda la humanidad en beneficio de unos pocos?

Si antes hablamos de las ventajas, la enorme desventaja de esta nueva forma política unificada mundialmente, y que se vislumbra ya en el horizonte del tiempo es justamente

la de que un poder mundial único técnicamente irresistible constituye un peligro sin precedentes para la libertad y la justicia en el mundo como hasta ahora no ha podido ni sospecharse, y podría parecerse mucho a una paz mortal.

Las consecuencias en ese momento —en esa época— de la decisión moral-religiosa del hombre o de los grupos de mando detentadores del poder mundial, hacia el bien o hacia el mal, sería de una importancia y gravedad como hasta esos días nunca hubieran pesado sobre hombre u hombres algunos en la historia. Y ello porque el avance técnico y material trae consigo una grave consecuencia sobre el hecho de la estabilidad moral-religiosa, y es la de exagerar las consecuencias concretas en la práctica —y de ahí la repercusión social de toda decisión personal, de la libertad personal para cada situación concreta— de la *decisión* hacia el bien o hacia el mal, porque de la misma manera que hoy y en adelante el hombre lleno de amor al prójimo y pleno de caridad y de sentido de justicia, tiene medios materiales enormes de realizar el bien y de eliminar miserias humanas, un criminal, o puramente un débil conducido por las circunstancias y por influencias extrañas, al mando de los medios técnicos actuales y venideros de opresión, de muerte y destrucción, es infinitamente más peligroso y temible que armado de los medios de hace tan sólo un siglo, y ello, sin que su decisión sea, como tal, ni mejor ni peor que la de hombres de épocas pasadas.

No sabemos hoy qué ocurrirá efectivamente al lograrse la unificación política mundial, pero la *situación defectiva* del hombre, capaz en virtud de su naturaleza defectiva de una maldad radical, presentan ante la mirada dirigida hacia el futuro el fantasma angustioso de una tiranía mundial hasta ahora desconocida en su extensión e intensidad.

Ante esta realidad ineludible —por muchas concepciones y utopías progresistas de los hombres que existan y crean en el adelanto material como medio de un logro de avance en la moralidad— nada nos puede presentar una visión mejor del mundo a consecuencia del progreso técnico-material y ante la posibilidad de una nueva forma político-jurídica de carácter único y total, porque en el fondo, siempre habrá hom-

bres dirigentes concretos —puede ser que un sólo hombre concreto— que se verán en los momentos claves, con su pavorosa libertad, ente la *decisión* moral-religiosa de inclinarse bien hacia sus impulsos puramente naturales *defectivos* de lujo, carne o poder que traerán al mundo entero la miseria, la opresión y la injusticia, o encaminarse hacia la Vida y la Verdad de la persona de Cristo, que, en la medida de la realidad limitada de este mundo, logrará para los hombres una vida mejor.

JOSE MARIA HERNANDEZ-RUBIO

CATEDRÁTICO DE DERECHO POLÍTICO
UNIVERSIDAD DE BARCELONA